

CAUSAS QUE MERMAN LAS AVES

POR LUIS M. DINELLI

Las largas permanencias de vida de campaña, que he pasado mientras realizaba estudios hidrotopográficos, me han permitido hacer observaciones interesantísimas referentes a las causas que atentan contra la vida de las aves.

Un día armé mi tienda entre los ríos Salí y Lules para iniciar un estudio titulado « Zona desecada Riego de Leales ». Con esto se justifica la larga estadía en el lugar.

Al lado del campamento descubrí un nido de *Columbina p. picui*; al revisarlo, hallé dos pichoncitos que estaban emplumando; uno tenía 14 larvas de dípteros metidas en los alvéolos de las plumas mayores y el otro tenía 19.

Traté, con gran tormento de la avecita, de salvar una, matando y sacándole las larvas, pero en seguida murió. Al otro pichón lo dejé en el nido y al salirle del alvéolo las larvas maduras, también murió.

Alcé el nido y de él saqué los capullos o cápsulas, las que puse en la cámara de cría donde salieron otras tantas moscas de forma esbelta, de color pardo claro y lerdas, que admitían el empuje antes de volar.

A los pocos días transporté el campamento a orillas del Río Salí y advertí que al subir el agua con su oleaje, bañando la arena de la costa, se levantaba una nubecita con suave zumbido y que volvía asentarse al retirarse la ola. Me acerqué y ví que se trataba de una mosca de forma esbelta, pardo claro, lerda, que admitía el empuje antes de volar; es decir, la misma especie que hallé en las avecitas.

Ya no se trataba de 14 a 19 individuos, sino de miles de miles que costean la larga orilla del río Salí.

Con razón los lugareños decían « se han ido las sachas y las bumbunas ».

Una *Sporophila c. caerulescens* que tenía tres larvas se salvó, pero el hermano ya había desaparecido del nido.

Otro año instalé mi tienda a la sombra de un coposo tala y al corregir mi teodolito, enfoco casualmente en un cacto, el nido de un *Pitangus s. bolivianus*; me acerqué y al revisarlo hallé dos pichoncitos que estaban emplumando; al retirar mi mano ví que unas hitas o piojos de los nidos,

corrían sobre mi piel. Tres días después volví a revisar la cría ya emplumada, pero mi mano se cubrió de hitas. Dos días después hallé los dos pichones muertos, asomados a la puerta del nido, los padres se habían alejado.

En el año 1917, durante el mes de Noviembre, coloqué mi tienda a la sombra de un gigantesco algarrobo, *Prosopis nigra*. Durante la noche sentí que un insecto separaba mis cabellos; lo cacé, comprobando que se trataba de una vinchuca, *Triatoma infectans*. Esa noche, antes de dormirme maté una docena.

Las dos semanas que permanecí en este campo, lejos de toda habitación me ví obligado, noche tras noche hacer una matanza del molesto parásito. Semejante enjambre, que nació y se crió en este árbol y que se alimenta de la sangre, debe ser la causa de la merma de la pequeña *Elaenia albiceps parvirostris*, que construye su nido en árboles coposos.

Jubilado ya, fuí a coleccionar en la laguna del Lapacho donde habitan una docena de especies de Rallus o gallinetas. Maté una pequeña avecita (un dendrocolaptido) que no pude recoger por haber quedado lejos de la orilla sobre agua profunda. Corrí al rancho para armarme de una larga caña. Vuelto al lugar de la avecita, ví con sorpresa que había desaparecido. ¿Qué había pasado? Mi acompañante me informó... Señor, se lo llevó el dentado (pescado del género *Xiphorhamphus*) y luego agregó: este pescado muerde las patas de los patos y los deja rengos, pero los patitos chicos desaparecen, pues se los come. Así debe ser. Los Rallidos son sumamente prolíficos; ponen hasta docenas de huevos, sin embargo no vemos que aumenten en las lagunas donde viven dentados y muy raros son los pichoncitos que vemos nadar.

Los *Acestrorhamphus*, viven en lagunas pantanosas donde se cría el pequeño *Mergus octosetaceus*.

Este anátido lo examiné llamándose la atención el desarrollo de su ovario. Así de numerosa debe ser su cría.

Mi amigo y hábil coleccionista don Emilio Budin, en una oportunidad me refirió lo siguiente: « Se dice que los loros habladores son dañinos; pero, ¿dónde están los loros? En el río Lavayen hallé que al atardecer no era posible hablar, tan grande era el bullicio de los miles de loros.

Volví a ese río otro año, y me sorprendí al hallar muy pocas parejas. Cierta — siguió diciendo — que se han vendido muchas alas y colas de dicho loro para adornos, pero no me convenció que se pueda llegar a semejante exterminio ».

Yo había hecho la misma observación, pues algunos años antes, en los alrededores de Tucumán eran tan abundantes ciertas especies de loros, que por doquier cruzaban bandadas innumerables en todas direcciones.

El loro hablador *Amazona a. Xanthopteryx*, *Amazona tucumana*, *Ara-tinga m. mitrata*, *Pionus maximiliani*, *Thectocercus a. acuticaudatus*, ya no se oyen ni se vé cruzar una sola pareja; han desaparecido. Ni el *Amazona tucumana* que no baja de la región del aliso ha podido salvarse. Nada sabemos de este fenómeno. Apenas en Salta y Jujuy he podido observar pocas parejas del *Amazona a. Xanthopteryx* y pequeños grupos de *Amazonas m. mitrata*, mientras el *Pyrrhura m. australis* es aún abundante.

Las especies que he enumerado y parecen semi-extinguidas, viven en sociedad, apiñadas a veces en número muy crecido, por centenars y con sus nidos próximos. A buen seguro el azote ha castigado a todos al mismo tiempo; y he citado el caso del *Pitangus s. bolivianus* para inculpar a la hita o piojo de los nidos, que mata al mismo tiempo los padres que incuban y a los hijos recién nacidos.

Pero hay plagas que vienen y que se van; como la mosca, la hita y la vinchuca, mientras hay otras que son permanentes como el dentado, que abunda en las lagunas pantanosas. Sumamos a todas ellas, la pequeña hormiga colorada carnívora, destructora de la cría de las aves, que las mata con su aguijón, pero no alcanza a devorarlas del todo, pues durante su proceder lento llega la putrefacción del cadáver. Esto me ha sido posible comprobarlo por ser la causante de la muerte de los pichones de mis palomas domésticas.

Estas observaciones nos convencen de la amplitud del problema de la protección de las aves.

También para las aves vale la sentencia de Linneo: «muy poco sabemos, mucho más es lo que ignoramos».

Después de 60 años de estudios y observaciones en el campo de la exploración, me convengo que la mayor mortandad se produce durante la cría, donde no hay voluntad humana que pueda remediarlo.

Sabemos lo que puede destruir el cazador o el naturalista al extinguir una especie matando el último ejemplar, pero ¿por qué la especie ha quedado reducida a tan pocos ejemplares?
